

Señores de la guerra

Elizabeth Burgos

CON LA PUBLICACIÓN DE *DULCES GUERREROS CUBANOS*¹ Norberto Fuentes agrega un título más a su obra de cronista de la guerra, tema del que ha hecho su especialidad: de las guerras en las que Cuba ha participado; en su propio territorio y las otras, allende los mares. Tema al que Norberto Fuentes ha permanecido fiel desde sus primeras incursiones como hombre de letras. Pero esta vez no se trata de la heroicidad de la guerra, sino de la fase que sobreviene después: la posguerra. Fase poco estudiada, sin embargo es, de hecho, «la continuidad de la guerra por otros medios.» Es dentro de este contexto que debe verse la trama y el drama narrado por Fuentes en esta obra. El llamado *período especial*, significó para Cuba entrar, por fin, en un período de posguerra, que se inaugura cuando le puso término a la presencia de su ejército en Angola: «una de las últimas batallas de la guerra fría.» (p. 373)

La guerra es un paréntesis que desajusta el tejido social: además del vacío que dejan los guerreros al ausentarse al campo de batalla, la intensidad de la guerra disimula los conflictos internos y crea otros que permanecen latentes hasta el término del conflicto. La guerra es una manera de vivir en lo excepcional y, desde la aparición de Fidel Castro en el panorama político cubano, la isla ha vivido en ese estado de improvisación que deja para un mañana la marcha natural de la sociedad. Los períodos de guerra obligan a las sociedades a vivir en un estado de espera. Si se comienza a contar desde el período que comienza con la Sierra Maestra —aunque se podría comenzar con el asalto al cuartel Moncada— hasta el término de la presencia cubana en Angola, son varios decenios en que el país ha vivido en el paréntesis de la guerra. Tal vez sea el período más largo de guerra vivido por un país en la época contemporánea, y en el que se han visto involucrados, proporcionalmente al número de habitantes, un número tan elevado de combatientes. De hecho, Cuba desde 1959 fue

¹ Norbeto Fuentes, *Dulces guerreros cubanos*, Seix Barral, Barcelona, 1999.

transformada en una base de operaciones desde donde se llevaba la guerra a los más variados escenarios. Llevó primero la guerra a toda América Latina; luego, a raíz de la *Tricontinental*, a todos los frentes de guerra que se abrían en el llamado Tercer Mundo: África, Vietnam, Palestina, Líbano. Luego, aliada con el ejército soviético, tomó parte directa en la guerra fría: Etiopía y Angola fueron los escenarios, sin contar que estuvo a punto de hacer estallar una guerra nuclear.

La salida de las tropas cubanas de Angola marca el comienzo de una experiencia inédita para Cuba que es la gestión de la posguerra. Fidel Castro se enfrenta al problema de un ejército desmovilizado, con todas las consecuencias que ese hecho puede significar, y además en un escenario de *perestroika*. Este es el trasfondo de las circunstancias de la historia narrada por Fuentes: sus modalidades escenográficas y su desenlace trágico son producto de la personalidad del líder máximo.

Con el cese de las actividades militares en el exterior, regresan los guerreros al término de su faena, y se encuentran que han perdido su sitio en el reparto de la organización social. Su presencia molesta: son vistos por la jerarquía como *outsiders*, intrusos, extranjeros que poseen una mirada diferente de las cosas. Además de tratarse de un personal militar acostumbrado a vivir en la excepcionalidad de la guerra, entre guerreros, acatando su propia jerarquía, de repente se ven obligados a acatar una jerarquía de militares de oficina. Guerreros fogueados en los más disímiles campos de batalla, no ven con buenos ojos acatar órdenes de aquellos cuya jerarquía la ganaron gracias a lo que para ellos no son más que las escaramuzas de la Sierra Maestra. Además han visto otros mundos, se han acostumbrado a tomar iniciativas. El choque cultural de la nueva élite guerrera cubana, —tanto la del Ejército, como la del Ministerio del Interior—, con la jerarquía histórica que ha permanecido a buen recaudo en su guarida, no es difícil de imaginar. Norberto Fuentes fue compañero de ruta de la aventura militar cubana en todos sus frentes, es natural entonces que lo golpearan las consecuencias de la desmovilización. Por ello, en *Dulces guerreros cubanos*, su participación no es la simple aparición del autor de sus obras anteriores para dejar su marca en la escena, aquí él comparte el protagonismo con los principales actores de la escena, por su papel no tanto de guerrero, sino de cómplice, de confidente y de admirador.

A lo cual se agrega el hecho de tratarse de un ejército que había ido a combatir en calidad de guardia pretoriana, adscrito al proyecto hegemónico soviético en el África, cuya mayor ventaja para la potencia eslava proveedora de armas y pertrechos, era la posibilidad de que Cuba la proveyese de efectivos negros; las explicaciones al respecto sobran. Este hecho, además del desenlace que tuvieron esas guerras africanas, no se presta para que a los soldados cubanos muertos en ellas se les otorgara el rango de héroes: es más, ni siquiera se les reivindica, sus nombres son silenciados. Es fácil también imaginar el malestar que reinaba entonces en el seno de ese ejército que regresaba del África y el ascendiente que tenía ante ellos el que fuera su jefe y con el que habían combatido: por esa misma razón, el general Arnaldo Ochoa significaba un peligro para la cúpula del poder cubano.

La fidelidad de Fuentes hacia el mundo de la guerra se remonta a su propia historia personal. Como en la mayoría de los adolescentes hombres, la guerra despertaba seguramente en el joven Fuentes un interés particular, y tal vez en él esta inclinación era mayor, como se percibe por la constancia que le ha manifestado al tema a lo largo de su obra y de su vida. Es de suponer que en cuanto a la materia y a las vivencias, Fuentes debe considerarse un autor realizado pues estando en plena adolescencia sobreviene el acontecimiento de enero de 1959, y a partir de allí, siempre contará con la oportunidad de una guerra a su disposición. Al contrario de su modelo mimético, Fuentes no tuvo necesidad de ir en búsqueda de guerras, como fue el caso de Hemingway, la guerra vino a él: se le presentó a las puertas de su casa.

Consecuente con su pasión, Fuentes, que parece haber tenido desde el principio muy clara su vocación de escriba de la guerra, se alistó como cronista de la que estalló en suelo cubano tras la toma del poder por Fidel Castro. Su renombre como escritor lo adquirió muy temprano, con sus crónicas sobre la «limpia del Escambray» durante la llamada «Lucha contra bandidos», desatada tras el alzamiento de grupos armados que decidieron combatir al castrismo desde finales del año 1959.

Las guerrillas anticastristas, que contaban con el apoyo norteamericano, fueron de lejos las más importantes de cuantas guerrillas operaron en ese mismo período en América Latina, éstas últimas auspiciadas por La Habana. La diferencia entre ambos fenómenos fue que las guerrillas latinoamericanas sólo lograron el apoyo de la élite universitaria, mientras que las del Escambray contaron con un verdadero apoyo campesino.

Episodio poco conocido y poco estudiado por los especialistas de Cuba, sin embargo, las guerrillas anticastristas duraron desde finales del año 1959 al año 1966.

Desmarcándose de su hábito de magnificar los acontecimientos en aras de mantener la movilización permanente de la población, y de obtener el apoyo internacional, en ésta ocasión, el gobierno cubano mantuvo una inusual discreción sobre estos acontecimientos. La información sobre los alzados fue sabiamente dosificada y se limitó al ámbito nacional. La razón estriba en que, por experiencia, Fidel Castro no ignora que el nervio de la guerrilla radica principalmente en su impacto ante la opinión pública. Fue años más tarde, y cuando creyó necesario divulgarlo, que Fidel Castro admitió que aquella lucha tuvo el sesgo de una verdadera guerra civil. Las cifras que se admiten a nivel oficial dan un saldo de casi trescientas bajas del lado oficial, y más de dos mil del lado de los alzados.²

La «Limpia del Escambray», como se le llamó a ese período, fue el escenario en el que Norberto Fuentes se fogueó en la guerra y en la escritura, hasta

² Juan Carlos Fernández, *Todo es secreto hasta un día*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
Oswaldo Navarro, *El caballo de Mayaguara*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.
José Suárez Amador, *La lucha contra bandidos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.

llegar a ser el escritor de confianza «del más alto nivel». (p. 30). Las crónicas de Norberto Fuentes estaban dirigidas a despertar las ansias de heroísmo de los miles de jóvenes que engrosaron las Milicias Nacionales Revolucionarias, que junto al Ejército Revolucionario, fueron a combatir a los alzados: toda una generación de jóvenes cubanos tuvo la oportunidad de igualarse a los héroes que poco antes habían tomado el poder. De esa experiencia surge la mística revolucionaria del castrismo: fue el necesario ritual de sangre que sella la hermandad de los guerreros y le da cohesión al grupo. No fue sino hasta mediados de los ochenta que comenzaron a publicarse en Cuba testimonios acerca de esos acontecimientos. Recién en 1986, se publicó *Nos impusieron la violencia*³, un volumen que recoge los reportajes realizados por Norberto Fuentes y publicados en Granma desde el año 1963 al 1966, fecha en que cae el último alzado, cuya entrevista constituye la última crónica del libro, y como cierre del volumen, parafraseando a su *alter ego*, tiene un *¿Adiós a las armas?* en donde el autor expresa el carácter lúdico y placentero de la guerra, muy lejano de su cometido que era la lucha por la defensa de una ideología. La guerra significaba vivir la plenitud que le depara a los guerreros la complicidad fraterna ante la cercanía con la muerte y el placer también de darla. En uno de sus párrafos, refiriéndose a sí mismo, Fuentes expresa la nostalgia de ese estado de ánimo: «Porrúa, flaco desdentado, hermano, qué ganas de verte. De verlos a todos. Apretarnos en un jeep. Cagarnos en dios. Hablar de las mujeres. Reírnos del bandido muerto, de la cara de susto frente al pelotón de fusilamiento.» (p. 320)⁴ Norberto Fuentes, por haber vivido la guerra dentro de sus entrañas, lejos de idealizarla, describe su aspecto más real, más cruel y más cínico. La épica, propia de quienes la viven desde afuera y por ello la idealizan, le es totalmente desconocida. Vale la pena acotar que el libro está dedicado a Antonio de la Guardia, y el prólogo es de Carlos Aldana, entonces favorito de Fidel Castro, hoy caído en desgracia.

LA CASTA DE LOS ELEGIDOS

Dulces guerreros cubanos es precisamente la crónica pormenorizada de la experiencia trágica de unos guerreros que «en el cerrado círculo de los elegidos, eran la élite de los combatientes revolucionarios» (p. 33) para quienes la guerra termina mal: General de División Arnaldo Ochoa, Coronel Antonio de la Guardia y General de Brigada Patricio de La Guardia. Esta vez los papeles han cambiado: los ejecutados no serán ni los alzados del Escambray ni los combatientes de la Unitá en Angola. Son sus amigos, los de su propio campo: son la élite de los guerreros. Guerreros que gozaron de un inmenso prestigio por sus hazañas de combate en los más variados escenarios de guerra del planeta, pero que no murieron en el campo de batalla, sino a manos de aquéllos —o de aquél, para mayor precisión— que les ordenaba combatir y matar en nombre

³ Norberto Fuentes, *Nos impusieron la violencia*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

⁴ *Ibid.*

de Cuba. La posguerra había llegado y ya no sólo no eran necesarios sino que podían constituir una amenaza, pues sobrepasaban en autoridad y prestigio a los líderes históricos. El prestigio adquirido en los campos de batalla los hacía peligrosos. Su estrecha familiaridad con el peligro y con la muerte la ejercieron fuera de su isla nativa, pero les tocará morir en ella. Ejecutados el 13 de julio de 1989, sus cuerpos descansan en el cementerio de Colón de La Habana en tumbas anónimas.

La intriga que antecedió y culminó con el desenlace de las ejecuciones de Ochoa y de Tony de la Guardia constituye el hilo conductor de la obra. Los mecanismos de acción de la casta que detenta el poder, su rostro oculto, la materia y la trama, las provee la escena oculta del poder en Cuba y su carácter feudal —endógamo—, con características de mafia que monopoliza todas las instancias de la vida del país. Lo que en otros estados es competencia de varios servicios y cuerpos administrativos: el ejercicio del gobierno, los servicios de inteligencia, la policía, la justicia, etc. en Cuba, como en el medioevo, es competencia de un solo hombre: el señor del feudo que ejerce poder de vida y de muerte sobre sus súbditos, secundado por una casta restringida encargada de cumplir con las misiones más variopintas y extrañas a un estado moderno: igual pueden actuar de corsarios, piratas, agentes de negocios, de gánsters, de secuestradores, o ejecutar a desertores o a personajes que molesten o pongan en peligro el poder del autócrata; además de satisfacerle todos sus deseos, pues como se sabe los autócratas son caprichosos. Casta que por supuesto detenta más privilegios que la de ninguna otra en país alguno. La cohesión de la casta se la otorgan precisamente los privilegios, y el vivir fuera de la ley y de las normas que se le aplican al resto del país.

El autor ofrece una crónica pormenorizada de la intimidad de la reducida aristocracia que conforma el núcleo central del poder en Cuba: la cima de la pirámide de donde «bajan» las directivas y caprichos que le imponen al común de los cubanos. Norberto Fuentes aparece como el espejo en el que se reflejaban las facetas más íntimas de la personalidad de estos hombres que viven encerrados en el ejercicio de un poder absoluto y paternalista, del cual han hecho una guarida inexpugnable. Hasta Norberto Fuentes, nadie que hubiese compartido ese grado de intimidad y de complicidad con la casta del poder en Cuba había ofrecido una descripción de un realismo tal, con un nivel similar de detalles tan significativos, acerca de los mecanismos de poder y las relaciones de los integrantes de la casta entre sí. Es tal vez el único escritor cubano de oficio que ha acumulado tamaña experiencia, lo que le confiere una ventaja considerable.

El autor la muestra como una curiosa mezcla de procedimientos medievales extraídos de novelas de caballería y del universo de piratas y corsarios, vestidos con los ropajes obsoletos del estalinismo más retrógrado, secundada por las técnicas más modernas de influencia norteamericana como son los Rangers, y la CIA, cuyas imitaciones cubanas —Tropas Especiales y Seguridad del Estado— no tienen nada que envidiarle a aquéllos; todo ello al servicio, único y exclusivo de un monarca que ha logrado que el mundo entero lo acate y le otorgue legitimidad.

Es también una detallada demostración de las excepcionales cualidades de escenógrafo que posee Fidel Castro. De la manera cómo actúa cuando decide «tronar» a algún miembro de la casta, pues los habitantes comunes y corrientes son reprimidos o fusilados anónimamente. De cómo su obsesión por el detalle lo lleva a acumular, cuidadosa y detalladamente, hechos, gestos, opiniones, todo cuanto le pueda servir para lograr el montaje de la trama que le permitirá alcanzar la meta que se ha fijado, que casi siempre culmina en un juicio y condena a muerte —no estudió abogacía en vano—, cuya escenografía es también competencia suya. En materia de puestas en escena y de escenografías, Fidel Castro domina todas las técnicas. Desde los grandes espectáculos públicos como fueron los juicios de comienzos de la Revolución; el juicio a Marcos Rodríguez (1964), que en realidad fue el pretexto para liquidar al PSP cuando ya no le hizo más falta y amenazaba con arrebatarle espacios de poder; hasta la puesta en escena —esta vez en la intimidad, sólo para uso privado— para defenestrar a Joaquín Ordoqui, antiguo dirigente de ese mismo partido que detenía el importante cargo de Vice-ministro de Defensa. Pero la Causa n° 1 exigía una puesta en escena más compleja, pues el juicio a Arnaldo Ochoa y a los hermanos de la Guardia tenía implicaciones internacionales y, en la escena nacional, se enfrentaba con un hecho inédito: a la revolución, léase a Fidel Castro, le tocaba «sacrificar a sus propios hijos»: y no a cualquiera, sino al producto más genuino elaborado por la revolución, por encima de los cuales sólo se encontraban Fidel y Raúl Castro; de allí que se impusiera el género de la tragedia, aderezado con el dilema corneliano del conflicto entre los sentimientos y el deber, adaptándolo al soporte tecnológico más moderno: el de la televisión. La puesta en escena tuvo visos de una gran mediocridad, pues lo que estaba en juego y su desenlace trágico era desproporcionado en relación a los argumentos que se emplearon: pero lo importante era el resultado.

El mantenimiento en el poder de la revolución es fruto de una conspiración permanente bajo la forma de una lucha de clanes: clanes en el interior de la isla, clanes en el exilio, mientras la población cubana observa perpleja, a la espera.... Tal vez la seducción que ha despertado la revolución cubana en el mundo provenga justamente de esa capacidad escenográfica que ha demostrado tener su líder máximo, que es propia de las conspiraciones, puesto que una conspiración no es más que una puesta en escena.

EL EROTISMO COMO CAUSA DE FUSILAMIENTO

La Causa n° 1 no alcanzó a tener la alcurnia de un drama shakespeariano, pese a contar con todos los elementos, («Arnaldo Ochoa pertenecía al círculo más íntimo de Fidel Castro, uno de los pocos hombres sobre la faz de la tierra que se atrevía a tutearlo» p. 42) debido a la bajeza de los argumentos, y a lo burdo del montaje jurídico empleados en el juicio. Es difícil que las intimidaciones eróticas funcionen como elementos de acusación para justificar ejecuciones, ni siquiera en un país tan mediocremente puritano como los Estados Unidos han servido jamás de soporte jurídico. En realidad, la fachada de combate contra la droga y contra el erotismo practicado fuera del ámbito de

la pareja legal, —que fue el trasfondo que se le quiso dar al proceso contra Ochoa y a los hermanos de La Guardia ante la opinión pública—, parecía más bien dirigida a la opinión pública norteamericana. Cuesta creer lo que afirma Norberto Fuentes, y aún más, que él mismo llegue a creerlo, que fueron los chismes eróticos de una madre descontenta por el uso sexual que se había hecho de su hija la «que entregó a Fidel Castro más evidencias útiles, para argumentar el crimen» (p. 376) Es curioso que Norberto Fuentes no se haya preguntado, o percatado de que, —cuando el jefe de despacho de Raúl Castro, Alcibíades Hidalgo, lo previno de parte de éste último, de alejarse de Ochoa y de los de la Guardia— de lo que se trataba era de buscar la ayuda de Fuentes para deshacerse de ellos. Dada la jerarquía que detentaban y el poder de convocatoria que poseían dentro del ejército y del Ministerio del Interior, la tarea de liquidarlos no era fácil. Lo que seguramente perseguía el escenario diseñado por Fidel Castro, era obtener a través de su hermano que Norberto Fuentes —tal como lo hizo— contrariamente a la supuesta discreción que le exigía Raúl Castro, alertara a Arnaldo Ochoa y a Tony de la Guardia de lo que se tramaba en contra de ellos, para que, ante el riesgo que corrían, intentaran una fuga del país —pues poseían todos los medios para ello— y así ser cogidos con las manos en la masa. Se les acusaría de haber recibido uno o dos millones de dólares de la CIA para que traicionaran, pues además colaboraban con la CIA en el tráfico de drogas. De haber resultado esta hipótesis, el culpable para «argumentar las evidencias del crimen» hubiese sido el propio Norberto Fuentes. No sucedió así y fue preciso realizar otro montaje, y como el tiempo apremiaba, todos los argumentos eran buenos, poco importaba el grado de mediocridad, o de credibilidad que tuvieran. ¿Acaso no lo afirma el propio Norberto Fuentes: en justicia Fidel Castro actúa por anticipado? (p. 225)

Es de lamentar que Norberto Fuentes recurra también al mismo procedimiento y a los mismos argumentos, develar inclinaciones y prácticas eróticas a manera de venganza y de deslegitimación de la casta. No se justifica, ni aún cuando exista «la situación de las cuentas pendientes con Fidel. Es visceral, es sostenido... «La sed de venganza, en verdad, se te aferra, inextinguible.» (p. 423) Es una pena que derroche su talento narrativo y su conocimiento excepcional en ese género de argumentos que merman la credibilidad de su libro. Lo que podemos constatar es que, pese a las vicisitudes que ha sufrido, Norberto Fuentes continúa inspirándose en los mismos métodos, como fiel producto del «aparato» cubano. Utilizar la vida sexual como elemento de chantaje o de prestigio personal es uno de los recursos más utilizados por el aparato de seguridad cubano. El uso en ese tipo de tareas de mujeres adscritas a la nómina del Ministerio del Interior es frecuente, en particular, ejerciendo su «generosidad» entre los visitantes extranjeros, pero como lo deja demostrado el autor, también la jerarquía cubana puede estar sujeta al mismo «tratamiento».

FETICHISMO Y APARIENCIA PERSONAL COMO PRUEBA DE DIGNIDAD

Las castas necesitan signos distintivos que diferencien a sus miembros del resto de los habitantes. La cubana, ignoro por qué razón, escogió una marca de reloj suizo.

Justamente es en la descripción de los signos distintivos de la casta, de los cuales él no se exime, y de la relación que mantienen entre sí, que Norberto Fuentes demuestra la agudeza de su mirada inquisidora y que revela al escritor que es: son detalles que a veces dicen más que los grandes tratados. La omnipresencia de los relojes Rolex entre la casta y su corte, y la relación fetichista-infantil que mantienen con esa marca —fetichismo que el propio Norberto Fuentes comparte sin disimulo— es una de las características de mayor significado psicológico y sociológico. El Rolex es el signo distintivo por excelencia del rango de los dirigentes y de la jerarquía de los agentes. Por ejemplo, a «un adusto y cuartelario oficial intermedio, no le corresponde disfrutar del agradable peso en la muñeca de esta máquina de navegantes»; (p. 232) si logra ponerse uno, en cuanto se encuentra frente a un jerarca, debe esconderlo y ponerse el Poljot soviético que debe llevar de recambio en el bolsillo. El Rolex, entre los señores de la guerra cubanos, cumple la función del estandarte del grupo. Por ejemplo; el de Raúl Castro es un Rolex Super President Champagne de oro macizo de 18 quilates «que te puede dejar ciego». (p. 233) (Hugo Chávez, Presidente de Venezuela, ya luce en su muñeca un ejemplar de ese mismo modelo; signo inequívoco de pertenencia a la casta.) Para demostrar cuán pedestre es el nivel intelectual del ministro del interior, el general Abelardo Colomé Ibarra, «Furry», el autor recurre al Rolex como metáfora demostrativa: «Furry con una pieza más común, de acero níquel, aunque siempre un Rolex Quartz, pero suficiente para alguien que no tiene la menor idea de lo que significa, incluso en términos filosóficos, (sic) llevar en la muñeca una joya de esa naturaleza.» (p. 233) Norberto Fuentes no explica lo que significa en términos filosóficos llevar en la muñeca un Rolex. Es una pena porque tal vez ello podría explicarnos el origen de ese fetichismo tan particular que actúa como distintivo social y signo de cohesión en la corte del monarca cubano, que no puede ser sólo adjudicable a la tendencia de los países del Caribe por cierto gusto barroco.

Los otros signos distintivos: son los Ray-Ban y los Ladas. Con fina ironía, Fuentes describe esos «atributos, que cumplieran con el realce de la dignidad, que como toda legítima dignidad —es física.» (p. 38) Dignidad es el nombre que le da Fuentes al más puro narcisismo de adolescentes retardados.

MATAR ES HACER POLÍTICA Y EL TRÁFICO DE DROGAS ES LA MANERA DE ESTAR PRESENTE POLÍTICAMENTE EN AMÉRICA LATINA

Mafia, guerra antiimperialista, dimensión lúdica de la guerra, el placer de matar legalmente, por lo que los asesinatos no significan una carga culpable; si existe algún culpable, es aquél que los ordena, y quien los ordena los justifica. Esta es la moral política que se desprende de *Dulces guerreros...*. Según Fuentes, mientras la URSS mantuviera a Cuba, el único papel de la isla era la política y la aventura revolucionaria. Le aconsejaba a Tony de la Guardia olvidarse de los negocios que realizaba en el exterior con MC, para proveer la isla de divisas, y dedicarse a ejecutar a los enemigos de la revolución, que había sido la misión para la cual fue creado ese organismo. «Mata, mi hermano,

mata a un poco de hijodeputas y olvídate de estar trasegando con decodificadores de señales de televisión». (p. 371) Norberto Fuentes comulga con la idea de que la grandeza de un país es proporcional al número de cadáveres que tenga en su haber: «Nadie pasa a la historia por hacer negocios, pero sí por matar. No hay crimen. (...) Hay estadistas y soldados. Hay órdenes.» (p. 372) Pero en algo dice haberse equivocado, es que la actividad comercial, el tráfico de drogas, era un asunto político, no económico. Algo parecido ya le había dicho Aldana, entonces secretario ideológico del Partido, repitiendo palabras de Raúl Castro, quien aducía el tráfico de droga como algo que tenía que ver con la independencia; como una vía de escape de los países latinoamericanos. Por su lado Tony explicaba que si no se trabajaba con «determinadas mercancías no puedes entrar en la política latinoamericana.» (p. 372) Pinceladas con las que quiere dejar demostrado que el tráfico de droga en Cuba obedecía a una racionalidad, no sólo comercial sino también política, que no deja de tener su fundamento. El fracaso de las guerrillas en América Latina no significa que Cuba haya renunciado a mantener una presencia activa y a continuar interviniendo en la política interna de esos países. Y es cierto que la producción y la comercialización de la droga ha alcanzado proporciones económicas y políticas difícilmente desdeñables en el marco de una *real politik* en ese continente. Ejemplo de ello, el Plan Colombia que ha diseñado Estados Unidos valiéndose del pretexto de la droga, cuyas consecuencias, dada la simultaneidad de la crisis que golpea hoy a los países andinos, pueden convertir a la zona en un próximo escenario militar, cuyas proporciones dejaría la reciente crisis centroamericana en el rango de un juego de niños.

Un elemento de sumo interés en *Dulces guerreros...* son los enfrentamientos que supuestamente se dan en la cúspide de la pirámide, entre Fidel y Raúl Castro. Este último siempre se ha mantenido a la sombra del hermano. Sumamente irritable por «femenino», —así lo califica Norberto Fuentes que de paso confirma lo de su avanzado alcoholismo—, no obstante, nunca había trascendido ningún enfrentamiento entre los hermanos como el que narra Norberto Fuentes, que tuvo lugar delante del embajador ruso en La Habana, al punto de que el hermano menor llegara al extremo de amenazar con renunciar a su cargo de Ministro de las Fuerzas Armadas. Fuentes nos muestra a un Raúl Castro, contra la opinión de su hermano mayor, partidario de una «*perestroika* suave».

Otro motivo de enfrentamiento entre los hermanos, según el autor, se debió a que Raúl Castro sentía animadversión por Ochoa por la jerarquía que éste había adquirido debido a su capacidad militar. Pese a ello, Fidel Castro lo nombra, sin la autorización de su hermano, —a quien de hecho le corresponden los nombramientos como Jefe del Ejército— Jefe del Ejército de Occidente. Esta sería la clave del entramado que condujo al fusilamiento de Ochoa. Pues, por otro lado, Ochoa, imbuido de su condición de héroe parece que tuvo la osadía de ponerle condiciones a Fidel Castro para aceptar el cargo, Ochoa se ganaba una doble condena a muerte. En la posguerra cubana, todo parecía converger hacia la tragedia.

Pese a la admiración que siente por Fidel Castro, por sus dotes de táctico infalible, el autor no disimula el placer de tomar venganza, revelando hasta qué punto éste se equivocó en sus análisis acerca de la situación que se vivía en la URSS, previa a la *perestroika*, y que fue, según Fuentes, la causa del descalabro de Cuba. Afirma que Castro no se percató, y por eso lo trató con displicencia, hasta qué punto Yuri Petrov, entonces embajador de la URSS en La Habana, era un hombre clave del entorno de Boris Yéltsin. Tal vez el hecho de poseer esta información es lo que hace que Norberto Fuentes afirme que Fidel Castro, ignorando «el verdadero alcance de sus conocimientos», le haya permitido la salida de Cuba. Ello demuestra hasta qué punto Norberto Fuentes continúa poseído por la influencia del «Comandante en Jefe», pues sólo en el estrecho entorno del líder máximo puede adjudicársele algún alcance al hecho de revelar esa información, en el sentido de minarle a éste el prestigio, lo que se supone es el propósito de Fuentes.

EL CORTESANO Y EL ENAMORAMIENTO POR LOS GUERREROS

Una ojeada a los reportajes escritos por Norberto Fuentes demuestra su fascinación por la guerra, los guerreros, y la Seguridad del Estado y «sus soldados del silencio» personificados en el libro por Tony de la Guardia, a quien le está consagrado gran parte de éste, cuya foto aparece en la portada en plena faena de combate y cuya biografía, parece, se proponía escribir con la anuencia del propio Tony. La fascinación, el amor narcisista que ejercía la personalidad de Tony de la Guardia en Norberto Fuentes es una de las claves de la obra. Es el intersticio que deja entrever la dimensión íntima de su fascinación por los guerreros y el papel de cortesano que Fuentes detentaba en el entorno de la casta. Pese a demostrar de pasada ciertos reproches acusando de traición a Patricio y a Tony de la Guardia, sin aclarar la causa, no hay duda de que sentía una verdadera fascinación «ante el joven hermoso y hasta tierno, que venía de los dominios de la muerte, fue algo que el Brother (se trata del propio Norberto Fuentes) disfrutó (...) Endurecido y curado por la sal de la guerra pero consciente de ser hermoso y que aquella tarde hizo, típico en él, un ligero gesto con la comisura de sus labios, abajo y hacia atrás (...)» (p. 438)

En un ir y venir de reflejos de imágenes, de desplazamientos de un espejo al otro, de situaciones apenas esbozadas, a medida que narra su relación con Tony de la Guardia, va también delineando su papel de cortesano, el cual no está exento de esa adulación que busca provocar en el interlocutor una situación regresiva, que lo disponga a brindarse, a la entrega, a la confidencia. Norberto Fuentes dice que había un problema en el sistema de comunicación de ambos, y es que Tony estaba convencido de que, además de ser «los más brother del mundo, él (Tony) era también una especie de héroe de uso particular mío» (...) «no todos los ciudadanos disponían de un héroe para su uso particular y lustre.»

Norberto Fuentes no parece haber ocupado otro cargo que el de simple cortesano durante el período en que transcurre su narración. No parece que detentara ningún cargo en particular. Los privilegios de los que gozaba prove-

nían de sus relaciones con miembros de la casta: las migajas que les caen a los cortesanos son proporcionales al grado de privilegios que detentan los monarcas. Le regalaban dólares; era el encargado de guardarles los maletines; se refiere a un maletín que contenía medio millón de dólares, otro contenía los consabidos Rolex y otros artefactos. Nunca explica ni de dónde provenía ni de quién era, ni para qué, ni tampoco qué hizo con él famoso maletín. Frequentaba el gimnasio de la casta, lugar privilegiado para los chismes; cuando lo llamaban de alguna oficina, él se encontraba en la cama con alguna mujer. No tenía ocupación. Tenía disponibilidad de tiempo.

No es nueva la necesidad de complementariedad que existe entre las monarquías y los cortesanos; ya Castiglione se ocupó del asunto en el siglo XVI —y la relación de complicidad y de seducción del autor con la aristocracia de los señores de la guerra es parte de esa dinámica. Relación especular en la que cada uno refleja la imagen del otro —de hombres que sólo pueden amar a su propia imagen, por lo tanto sólo aman a su semejante masculino— alimentada por un narcisismo, que al igual que el que le da origen al nombre, los ahogará en las aguas de su propia imagen, o en la tibieza de su propia sangre, como fue el caso de Antonio de La Guardia y de Arnaldo Ochoa.

De allí que la asociación que hacían los griegos del guerrero con la femineidad no sea arbitraria. Una legislación de la Grecia antigua,⁵ prescribía inscribir sobre las tumbas el nombre de quienes no habían muerto en el campo de batalla, y de las mujeres que no habían muerto de parto. El esfuerzo del parto era asimilado al esfuerzo del combate guerrero. Ambos eran considerados como esfuerzos físicos dignos de recibir el nombre de *ponos*; término que designa el dolor del parto. El *ponos* es también lo que el muchacho debe aprender a soportar para aprender a ser un hombre. El parto vendría a ser entonces para la mujer una prueba viril y, a la inversa, la guerra sería entonces para los hombres la manera de vivir su parte de femineidad: guerra y femineidad conformarían una *diada* complementaria. Curiosa asimilación, que tal vez contenga la clave del origen de la guerra y de la fascinación que ésta ejerce en los hombres. El narcisismo, ese enamoramiento consigo mismo, se le suele adjudicar a las mujeres, sin embargo, el sustrato del universo del guerrero es la fascinación por sí mismo, porque su cuerpo es la fuente de su *performance*. Cada uno es el espejo del otro. Los guerreros se aman entre sí, porque en el otro encuentran a su igual; la repetición de su propia imagen. No es propiamente un deseo homosexual, sino un enamoramiento de sí mismo. No es casual la preferencia que parece cultivar Norberto Fuentes por ciertas prácticas sexuales. Su narcisismo le da preferencia a indagar una dimensión del cuerpo femenino, pues él sólo conoce un único conducto corporal que se proyecta en el interior del vientre: el suyo. El reconocimiento de la vagina equivaldría a admitir la existencia del Otro, y eso, para un narciso, significa la

⁵ Nicole Loraux, «Les hommes donnet leur vie, les femmes donnent leur fils», en *L'Homme*, enero-marzo, París, pp. 37-67.

caída en el abismo: el abandono de sí mismo. Como le sucederá, si es que no le ha sucedido ya, cuando se percate de que «ese músculo que nunca le falla» está supeditado a la producción de ciertas hormonas la cual tiene una duración limitada en el tiempo.

Numerosas y concordantes han sido las reacciones relativas a la obra de Fuentes por su falta de escrúpulos relativos a la intimidad sexual, por la ausencia de ética, por su cinismo, su falta de fidelidad hacia sus amigos, y al hecho de no expresar el menor amago de arrepentimiento de su parte. ¿Pero acaso podía actuar de otra forma quien ha sido producto y formado parte de una casta que se rige por normas extrañas a la ética y al escrúpulo moral y que siempre ha vivido fuera de la ley? Pese a todo lo que calla en su libro, Norberto Fuentes no parece querer demostrar lo contrario. Su propósito parece ser más bien mostrar, precisamente, el grado de baja moral y ética de la casta y de la corte que la rodea, incluyéndose a sí mismo.

Si Fuentes se encuentra hoy en el exilio, es porque él así lo decidió. Él mismo ha admitido, que incluso después de los fusilamientos de sus amigos, fue invitado a Palacio por Fidel Castro.

En la entrevista ya citada, publicada en el ABC, Fuentes explica que después del proceso de la Causa nº 1 y de su desenlace, él «renunció a todo», pero, no a su ideología, que hizo más bien esfuerzos para mantenerse en el proceso, (sic) y mantenerse en el desarrollo de los acontecimientos, y que todavía en enero de 1990, Fidel Castro lo invitó a dos recepciones en Palacio. Fue en la segunda recepción, en la que se percató de que «ese mundo cortesano» había llegado a una situación similar a la que Borges calificó en la Argentina de «tiempo de oprobio y bobería.» ¿Por qué vino a percatarse sólo en ese momento? Si él compartía el entorno de la casta y parecía no molestarle ese mundo de oprobio. ¿Acaso lo habían convertido en no-persona que es lo que suele ocurrirles a los caídos en desgracia en la isla? ¿Acaso se negó a cumplir con ciertas misiones como, según afirma, le sucedió a Tony de la Guardia quien debía su caída al hecho de haber eludido ejecutar a Rafael del Pino, el general de aviación que desertó en Key West en 1987, y tuvo temor de correr la misma suerte que Tony? Según sus propias palabras, citando la misma entrevista acordada al ABC, la repercusión de la Causa nº 1 es política y marca el fin de la revolución cubana (sic): y el mensaje que se desprende de ella es que Fidel Castro, para mantenerse en el poder, estaba dispuesto a «liquidar fríamente a los hijos más leales y brillantes de la revolución cubana».

El verdadero mensaje de la Causa nº 1 no es demostrar que Fidel Castro está dispuesto a liquidar a los opositores: eso lo ha estado realizando desde siempre. La novedad radica en que el terror llegó a la matriz misma de la casta. Que la rivalidad ya alcanza a los hermanos Castro. Que la aplicación de métodos tan drásticos en el entorno jerárquico más inmediato demuestra la decadencia del régimen. Si no respetó la vida de un general, héroe de la república que cubrió de gloria militar a Cuba, y la del más fiel agente de las actividades ilegales de Cuba en el mundo, qué no se atrevería con un hombre de estatus ambiguo, entre escritor, agente de la contrainteligencia y aventurero,

que había perdido sus puentes con el poder y por ello se encontraba a la defensiva? ¿Temió que le prepararan una coartada para deshacerse de él, sin juicio, sin puesta en escena? ¿Temió que, como a José Abrantes, le «dieran el ticket de una sola vía»? (p. 422) ¿O simplemente perdió los privilegios, porque los miembros de la casta que se los permitían habían desaparecido? Ante el silencio que guarda Norberto Fuentes al respecto sobre ese capítulo de su vida no queda más remedio que recurrir a las conjeturas.

Porque, si bien Norberto Fuentes en sus comienzos como escritor tuvo una reputación de disidente cuando publicó *Condenados del Condado*, con el cual obtuvo el Premio Casa de las Américas (1968), —es la época en que va tomando cuerpo la crisis en el mundo intelectual cubano que desemboca en el caso Padilla a raíz del cual, por cierto, el comportamiento de Fuentes fue de una ambivalencia extrema: primero pasó por la autocrítica, como todos los que participaron en aquella farsa grotesca, para luego, sorpresivamente, adoptar una actitud rebelde, pero sin consecuencias—, a partir de entonces se convirtió en el escriba oficial y copartícipe de las aventuras militares de Cuba en el mundo. Lo que significaba una posibilidad de viajar al exterior, uno de los grandes privilegios que detenta la casta. Viajes que por lo general permiten proveerse de Rolex, Ray-Ban y cuanto artefacto nuevo produzca el mercado norteamericano

La desinformación es una técnica corriente de todos los servicios de contra-inteligencia, y Fuentes se describe a sí mismo como «el escritor del grupo (grupo que formaban Ochoa y los hermanos de La Guardia) con una vieja historia de disidente, pero siempre mantenido dentro de las fronteras de la revolución, que había accedido al grupo por sus características de aventurero.» (p. 91) Mantenerse dentro de las fronteras de la revolución significa recibir instrucciones, no sería de extrañar pues, que su participación contradictoria en el caso Padilla fuera consecuencia de una operación de desinformación.

Norberto Fuentes sitúa su última obra en el género del ensayo. En realidad, *Dulces guerreros cubanos* es un híbrido. No es ensayo, porque está muy lejos de poseer el nivel de reflexión y de introspección que requiere el género. Si los *Essays* de Montaigne le han otorgado la jerarquía al género, el de Norberto Fuentes es la negación del mismo.

Tampoco es novela, porque la realidad que narra rebasa la ficción, pero al tratar de narrarla con procedimientos de ficción, como es el caso, aparece como una novela no lograda. Además, el personaje de lejos más interesante, que es el propio autor: el hombre de letras que ha privilegiado dedicarle más tiempo a ejercer de *voyeur* de la guerra y a la cercanía con los guerreros que a la pluma, sin embargo no se adentra en él; lo deja yermo. Tampoco es una autobiografía pues, pese a ser un prisionero de su yo y de construir, como en todo propósito autobiográfico, una versión protagónica del yo, pese a no concordar con la realidad, es poco lo que cuenta acerca de su vida, sus motivaciones, su origen y es demasiado lo que calla. Tampoco es una confesión, pues está muy lejos del nivel de introspección de un Rousseau y de un San Agustín.

Voyeur de la guerra, a veces también guerrero por persona interpuesta, el suyo fue también el papel del confidente, del personaje, aparentemente secundario, del teatro clásico, sin el cual la trama no podría realizarse ante el público, pues es, precisamente, ese personaje, doméstico o ama de llaves, el que hace posible el desarrollo de la intriga: por eso en el teatro clásico no existen personajes secundarios.

Pese a su capacidad de deconstruir, cabe preguntarse si Norberto Fuentes no pudo con la tarea de realizar el libro que se esperaba de él, o si las zonas de sombra y los silencios son voluntarios por temor o, simplemente, porque aún no ha se operado en él el encuentro consigo mismo.

